

La llamada del Espíritu Santo: La vocación al ministerio eclesial laico

Edward H. Hahnenberg

Symposium nacional sobre el ministerio eclesial laico
St. John's University, Collegeville, MN (1 de agosto, 2007)

La Conferencia de obispos católicos de los Estados Unidos publicó *Colaboradores en la Viña del Señor* hace ya casi dos años. Desde entonces, el documento ha sido bien recibido por ministros laicos, asociaciones pastorales y diócesis por todo el país. Pero si bien *Colaboradores* ha sido bien recibido, ¿qué tal ha sido puesto en marcha? ¿Cómo se ha llevado a la práctica? ¿Cómo será incorporado en la vida pastoral de la iglesia? Tal puesta en marcha es el foco de este symposium. Esto es por lo que nos hemos reunido esta semana. Estamos aquí para reflexionar sobre la realidad del ministerio eclesial laico, para explorar opciones y sugerir recomendaciones concretas a las que podamos comprometernos a cumplir—todo para mejorar y mantener la excelencia en el ministerio eclesial laico por el servicio del reino de Dios. Dicho de otro modo, nuestra pregunta es: ¿Cómo llevar *Colaboradores* adelante y avanzar hacia el futuro?

Me gustaría hablar sobre este tema en tres conjuntos de comentarios que servirán de esquema de mi presentación. Los comentarios se dividen en: 1) historia; 2) teología y 3) práctica.

PERSPECTIVA HISTÓRICA

Empezamos con una palabra de precaución. Para los seres humanos existe siempre la tentación de exagerar la importancia de nuestros propios tiempos. (Ésta es una tentación que sólo se queda pequeña al lado de la tentación de los académicos a exagerar la importancia de su propia área de investigación).

Parece haber algo sobre lo que está pasando ahora mismo, sobre lo que estoy haciendo, que parece tan significativo—no porque está pasando o alguien lo está haciendo—sino porque me está ocurriendo a mí, se me está haciendo a mí. Me imagino que tal es la naturaleza humana—un modo de egocentrismo que se desprende de nuestra condición de caídos. Es difícil resistir el jalón de la propia importancia. Es difícil evitar el peligro de sobrevalorar nuestro propio tiempo y nuestros propios proyectos.

Y sin embargo, cuando pensamos sobre nuestro propio proyecto aquí en esta semana, cuando pensamos sobre nuestro propio tiempo en la historia de la vida ministerial de la iglesia, es difícil escapar a la conclusión de que estamos viviendo en uno de los períodos más significativos de la transformación ministerial en la historia de la iglesia.

El surgir del ministerio eclesial laico a lo largo de los últimos 40 años destaca como uno de los tres o cuatro cambios ministeriales más importantes de los últimos dos mil años. Está históricamente a la par—y de hecho podría incluso eclipsarlos—de los cambios en la iglesia a consecuencia del nacimiento de las formas comunitarias del monasticismo en el siglo V, el nacimiento de las órdenes mendicantes en el siglo XIII, o la explosión de comunidades religiosas femeninas en el siglo XIX.

Los ejemplos no son arbitrarios. El surgir de nuevas formas y nuevas familias de vida religiosa proporcionan, en mi opinión, los mejores paralelos históricos al surgimiento del ministerio eclesial laico. Porque cada uno de estos nuevos movimientos ofreció un a la par tradicional y radicalmente nuevo modo de vivir el evangelio y de servir a la misión de la iglesia.

El historiador jesuita John O'Malley ha argumentado brillantemente que el lente de interpretación condiciona en gran manera el modo en que se considera la historia de las órdenes religiosas en la iglesia.¹ Si miras esta historia a través del lente de los consejos evangélicos—los votos de pobreza, castidad y obediencia—que estructuran un modo particular de vida—lo que resulta es una continuidad a lo largo del tiempo y a través de distintas comunidades religiosas. Pero si miras la misma historia a través del prisma del ministerio—el servicio que estas comunidades de hecho proporcionaron—lo que resulta es la diversidad, la novedad y la originalidad. El primer prisma provoca la pregunta: “¿qué cambio? No lo veo”. El segundo prisma provoca una exclamación: “¡Qué cambio! ¡No me lo puedo creer!”

O'Malley interpela la historia clásica de David Knowles sobre la vida religiosa, titulada, *From Pachomius to Ignatius*² (De Pacomio a Ignacio). Si comenzamos por Pacomio, el antiguo precursor del monasticismo occidental tendemos a ver a todas las órdenes religiosas como ligeras variaciones del ideal monástico. Así que te dispones a contar una historia de igualdad. Pero y si, pregunta O'Malley, ¿el título no fuera *De Pacomio a Ignacio*, sino *De Pablo a Ignacio*? Entonces la historia no es de igualdad, sino de innovación constante en el ministerio.

¿Quién podría imaginar, antes de Francisco o Domingo, a monjes móviles, libres de los monasterios y exentos de la supervisión de los obispos, viviendo en ciudades y mendigando para vivir—predicando el evangelio dondequiera que estuviera la gente? Ni siquiera el siempre adaptable Ignacio podría haber anticipado la variedad de ministerios que se inventarían sus compañeros: libros y lecciones sagradas, escuelas como forma de ministerio, dirección espiritual, retiros, educación religiosa de adultos, predicación a prostitutas, visitas a los enfermos, cantar con los huérfanos y las innumerables misiones desde parroquias de aldea hasta la corte imperial de China.

En la historia de las órdenes religiosas, cada una de las grandes olas trajo consigo una riqueza de ministerios. Pero cada una de esas nuevas olas también trajo un cambio del orden ministerial existente, un desafío al modo en que “siempre se habían hecho” las cosas. A menudo esas nuevas formas no encajaban. ¿Cómo se podría pensar en una comunidad religiosa sin coro? ¿No deberían todos los sacerdotes de una diócesis responder directamente al obispo? ¿Qué es eso de que las monjas anden fuera del convento, ayudando a soldados heridos o enseñando álgebra? ¡Es una locura!

Es bueno para nosotros—en especial para aquellos de nosotros que a menudo nos sentimos descorazonados en esta iglesia que amamos—recordar que la respuesta inicial de una institución a tales innovaciones ministeriales es casi siempre “¡No! ¡No hagan eso!” (Solamente más tarde, una vez que el ministerio ha prosperado y tiene éxito, el magisterio dice, “Ves, ya te dije que era una buena idea”.)

El emerger del ministerio eclesial laico nos trae algo nuevo. En términos sencillos: el ministerio no se ha hecho en este modo, a esta escala anteriormente. *Colaboradores* afirma que el ministerio eclesial laico está en continuidad con la tradición teológica de la iglesia y la historia doctrinal. Hay mucho de verdad en esta aseveración. Pero el ministerio eclesial laico también nos trae un desafío al modo en que las cosas “siempre se han hecho” un desafío al orden ministerial de la iglesia tan radical como el que trajeron los frailes mendicantes o las monjas activas.

De hecho, yo me atrevería a decir que una de las cosas más importantes del ministerio eclesial laico es que, de maneras muy importantes, no encaja. Ha sido difícil encontrar categorías para describir lo que están haciendo. Pero eso no es culpa de ellos. El hecho de que los ministros eclesiales laicos no encajen no los convierte en seres anormales. Podría ser que lo erróneo sean las categorías en las que estamos tratando de encajarlos. Quizá el problema no sea el círculo, sino que se esté tratando de cuadrarlo.

Por lo tanto, la historia nos sugiere un tipo de precaución. No nos apresuremos a forzar el ministerio eclesial laico en alguna forma de ministerio imaginado. Démonos a nosotros mismos, como iglesia, el tiempo suficiente para reflexionar sobre los nuevos modos en que esta nueva realidad nos invita a repensar las propias categorías que utilizamos.

Ofrezco estas reflexiones históricas para tratar otros dos puntos. En primer lugar, quiero enfatizar la importancia de este symposium nacional sobre el ministerio eclesial laico. Algún día en el futuro—en 100 años, 200 años, o 500 años—los historiadores y teólogos estarán estudiando el surgimiento de lo que ahora llamamos ministerio eclesial laico. Mirarán a *Colaboradores*, los estudios de Phil Murrion y de David Delambo, e incluso las propuestas de este symposium. ¿Qué verán? ¿Qué herencia les dejaremos?

Éste es el alcance de lo que estamos tratando en estos pocos días juntos, el desafío al que nos enfrentamos: pensar en grande, pensar a largo plazo, pensar, como nos gusta decir, fuera de la caja, mientras buscamos servir al futuro de la misión de la iglesia.

Pero se nos llama a hacer esto (y aquí viene lo más difícil) a través de pasos realistas y de recomendaciones concretas que funcionen. Nos enfrentamos a un desafío que de hecho es mucho más difícil que simplemente el pensar en grande. Tenemos que articular nuestros sueños dentro de los parámetros de nuestra realidad presente y de nuestra situación eclesial actual. Trabajando, como hacemos la mayoría de nosotros, dentro del contexto de la iglesia institucional, tenemos que pensar fuera de la caja...desde dentro de la caja.

Eso es mucho más difícil de hacer. Llevará mucha creatividad imaginar un futuro para el ministerio eclesial laico que sea, en palabras de *Colaboradores*, tanto “fiel a la tradición teológica y doctrinal de la iglesia” y sensible a “las necesidades y situaciones pastorales contemporáneas”.³

En segundo lugar, cada una de las transformaciones ministeriales que trae las nuevas órdenes religiosas se pueden remontar a una persona concreta carismática, alguien que respondió a la llamada del Espíritu de un modo especial en el momento adecuado y así moldeó el rostro de la iglesia—tanto si fue un Benito, un Francisco o una

Elizabeth Seton. La nube de testigos es inmensa. Pero en el caso del ministerio eclesial laico, no existe un solo individuo carismático, no hay fundador o fundadora. Más bien, parece que el Espíritu se extiende.

El Espíritu se extiende. Esto nos lleva a una segunda serie de reflexiones, las teológicas.

REFLEXIONES TEOLÓGICAS

Creo que la línea más importante de *Colaboradores* está enterrada en el medio del tercer párrafo en la página 14: “El ministerio eclesial laico ha surgido y tomado forma en nuestro país por obra del Espíritu Santo”. Tanto si los obispos eran conscientes de ello o no, aquí se comprometieron a una importante afirmación teológica: “Esto es de Dios”.

Más adelante en el texto, los obispos declaran: “El Espíritu continuamente suscita nuevos ministerios y llama a nuevos ministros para servir a las necesidades que van surgiendo, como nos muestra la historia de la iglesia”.⁴

El Espíritu llama. Ésta es una expresión poco común. Estamos familiarizados con el lenguaje de la llamada de Dios—llamando al pueblo de Israel y a profetas individuales. Estamos familiarizados con el lenguaje de la llamada de Cristo—llamando a los pecadores a la conversión y a los discípulos a seguirlo. Pero, ¿la llamada del Espíritu?

Normalmente pensamos en el Espíritu como don, como gracia que desciende sobre nosotros, una presencia en nosotros. ¿La llamada del Espíritu? Eso no es común. De hecho, el hablar sobre la llamada del Espíritu podría ser problemático en términos teológicos si perdemos de vista el contexto trinitario más amplio para la obra del Espíritu.

Ciertamente los obispos no buscaron este problema intencionalmente. Ciertamente sus consultores teológicos no estaban confundidos. La afirmación debe suponer el contexto trinitario que se declara explícitamente en otros lugares del documento. “La llamada del Espíritu” aquí simplemente es una abreviación de la más rica fórmula trinitaria, “la llamada de Dios a través de Cristo en el Espíritu”.

A pesar del potencial de confusión, el hablar de la llamada del Espíritu tiene ciertas ventajas. La frase evoca no sólo un don, sino una invitación e incluso un reto. La frase también nos anima a pensar en la relación entre el Espíritu y la llamada; entre nuestra pneumatología y nuestra teología de la vocación. Me gustaría pensar en esta relación y preguntar: ¿Cómo podría nuestra teología del Espíritu iluminar nuestra teología de la llamada? ¿Y cómo podrían las dos juntas iluminar esta nueva realidad del ministerio eclesial laico?

Un buen lugar para comenzar es la obra del dominico francés Yves Congar. Congar—cuyos avanzados escritos sobre el ecumenismo, el laicado y la reforma de la

iglesia lo llevaron a ser silenciado y literalmente exiliado en los años anteriores al Vaticano II—fue rehabilitado por el Concilio del Papa Juan XXIII. Se convirtió en consejero teológico y en una importante influencia en el Vaticano II, ayudando a formar su visión y documentos sobre la revelación, la iglesia, el laicado, el sacerdocio, la vida religiosa, el ecumenismo y las misiones.

Congar continuó escribiendo después del Concilio. Posteriormente, se interesó más y más en la teología del Espíritu Santo, en la pneumatología. Uno de sus últimos importantes proyectos era una obra en tres volúmenes titulada, *Creo en el Espíritu Santo*.⁵ En esta obra, Congar indicaba que la teología católica sobre el Espíritu Santo estaba en mala forma. Por siglos, afirmaba Congar, los católicos han más o menos ignorado el papel del Espíritu en la iglesia. Y cuando se hacía mención del Espíritu, era en uno de dos lugares.

Por un lado, se trataba del Espíritu en escritos espirituales. Éstos mencionaban al Espíritu Santo en el contexto de la habitación divina en el alma humana, y luego se dedicaban a hacer la lista de las diversas gracias o frutos que traía esta presencia del Espíritu. Aquí el Espíritu se movía de manera privada, callada y escondida, encerrada en las profundidades del alma humana—con poca referencia a los demás.

Por otra parte, se trataba el Espíritu en la eclesiología—pero no como fuerza vital que penetraba e inspiraba a la comunidad. Más bien, los teólogos se referían al Espíritu solamente al final, para garantizar la autoridad del magisterio. Cuando se hacía la pregunta, “¿Cómo sabemos que la jerarquía enseña la verdad?”, los teólogos respondían: “la inspiración del Espíritu Santo lo garantiza”.⁶

Así que, a mitades del siglo XX, el Espíritu Santo estaba como atrapado entre estos dos extremos. Era o un suero secreto que cubría el alma, o el sello notarial divino de los decretos papales. Estaba atrapado en la persona y en la institución.

Elizabeth Groppe—colega en Xavier University que es experta en Congar—indica que la verdadera contribución de Congar al campo de la pneumatología laica es su manera de traspasar la frontera entre lo individual y lo institucional desarrollando lo que él llamó “una antropología pneumatológica” y una “eclesiología pneumatológica” y en defender en que estas dos son inseparables.⁷

¿Por qué es un problema la separación entre individuo e institución? Congar veía que podía fácilmente situar al individuo carismático frente a la institución inspirada. Incluso admitía que su obra temprana se inclinaba en esa dirección. En esos escritos tempranos, Congar hablaba de Cristo, que fundó a la iglesia escogiendo a los Doce Apóstoles, como el principio de estructura y orden de la iglesia (institución). El Espíritu, que todavía viene a los creyentes, es el principio de vida y novedad (individuo).

En su obra posterior, Congar restó importancia a esa división entre estructura y vida, esa dicotomía entre la obra de Cristo y la obra del Espíritu. Argumentaba que el Espíritu no solamente confirma a una institución ya establecida por Cristo sino que más bien, desde el mismo comienzo, el Espíritu co-establece la iglesia con Cristo. Así que los carismas no son los raros dones de superhéroes espirituales o santos—poderes que animan las cosas, pero que siempre están compitiendo con los ministros nombrados por

Cristo. Más bien los carismas están ampliamente extendidos y son comunes, penetrando a la comunidad y elevando todo ministerio en la iglesia.

Congar superó la división entre individuo e institución poniendo énfasis en el hecho de que los seres humanos—creados a imagen y semejanza del Dios trinitario—son fundamentalmente seres de relación. Congar encuentra el terreno común entre lo individual y la institución en la comunidad, en el concepto de comunión. El pensamiento de Congar sobre este punto es rico y extenso. Me refiero a él simplemente para sacar una analogía. No es una analogía perfecta, pero sugiere cierta reflexión.

Creo que nos enfrentamos a una división parecida entre individuo e institución en nuestra teología de la vocación. Parece que la llamada de Dios está atrapada entre el individuo y la institución.

Si, para Congar, el Espíritu se había reducido a una habitación silenciosa en el alma humana, ¿no es verdad también que la vocación demasiado frecuentemente se reduce a una voz interior, susurrada por Dios directamente a un individuo en lo más profundo de su alma?

Y, en el otro polo, de la misma manera en que Congar veía al Espíritu atrapado en la institución, ¿no vemos todavía la vocación atrapada en una jerarquía de estados de vida estáticos, con la tarea de autentificar una vocación ministerial situada casi exclusivamente en manos de los ordenados?

No pretendo cuestionar la dimensión profundamente personal de la llamada de Dios. Ni quiero negar el importante papel del liderazgo de la iglesia en el reconocimiento y ordenación de las vocaciones ministeriales. No estoy retando ni al individuo ni a la institución. Lo que sí estoy interpelando es su aislamiento y su separación.

El peligro de esta separación es que puede fácilmente enfrentar a los dos entre ellos. Por una parte está la sincera convicción de la persona de que “tengo una llamada”. Por otro lado, está la insistencia insobornable del obispo de que “Nadie ha sido llamado hasta que yo lo llamo”. Tal lenguaje imagina nos llamadas y lucha por relacionarlas. Enmascara el hecho de que el sendero del ministerio implica no dos llamadas distintas, sino al menos dos elementos de un proceso polifacético de llamada.

Un peligro incluso más sutil es éste: fácilmente se puede considerar *Colaboradores*—o incluso este symposium—como nada más que una respuesta, distinta de la llamada del Espíritu, una manera de la institución de responder al individuo. Pero, ¿no olvida esto el hecho de que la iglesia, todo el pueblo de Dios, se ha implicado desde el comienzo, el suscitar este ministerio? ¿Y no olvida el modo en que el Espíritu está obrando en lo que hacemos aquí en este momento?

En los siglos XIX y comienzos del XX, hubo largas discusiones e intensas disputas entre los teólogos sobre la naturaleza de la vocación. ¿Es la vocación una iluminación interior, un antecedente, o una gracia eficaz? ¿Cuál es el papel apropiado de la autoridad eclesiástica? ¿Cuáles son las obligaciones morales de seguir una vocación? ¿Cuáles son los criterios para evaluar una vocación? Pero con el Concilio Vaticano II y su afirmación de una llamada universal a la santidad, esos debates se abandonaron.

Parecíamos satisfechos con afirmar “Todos tienen vocación” y dejarlo ahí. Mientras tanto, el trabajo de vocaciones pasó de los teólogos a los psicólogos y las antiguas suposiciones teológicas se dejaron mayormente sin alterar nada.

Todavía estamos esperando una verdadera teología de la vocación de después del concilio. No es sorprendente que los obispos hayan terminado *Colaboradores* con una llamada a “un estudio más riguroso de nuestra teología de la vocación”.⁸ Lo que la realidad del ministerio eclesial laico ha hecho es despertarnos a la verdad de que, por casi cincuenta años, nuestra visión de la vocación ha caído en estado de coma—mantenido con respirador artificial, pero no totalmente vivo.

Para ir más allá de nuestra actual sobre-individualización y sobre-institucionalización de la vocación, necesitamos recuperar la mitad ausente, la comunidad. Necesitamos una eclesiología adecuada de la llamada, una eclesiología vocacional. Necesitamos dar cuerpo a esa descripción evocadora del Papa Juan Pablo II que llamó a la iglesia *mysterium vocationis*, “un misterio de vocación”.⁹ Eso es lo que veo como uno de los más importantes “pasos siguientes” en nuestros esfuerzos para responder al ministerio eclesial laico, un paso que ya han indicado los propios obispos.

He indicado en otro lugar la dirección que pienso debería tomar tal teología eclesial de la vocación.¹⁰ Se mueve hacia una visión en la que toda la comunidad de la iglesia no sólo está llamada por Dios, sino que está implicada en la llamada.

La historia del nacimiento del ministerio eclesial laico ilustra un proceso complejo de llamada, en el que el Espíritu de Cristo ha estado activo en diversos lugares dentro de la comunidad total. Esta llamada eclesial se puede escuchar en las palabras del Concilio Vaticano II que afirma la dignidad bautismal del pueblo de Dios; se puede escuchar en las vidas de personas concretas que responden a las necesidades y que buscan modos de participación; se puede escuchar en universidades y escuelas que desarrollan programas para formación del ministerio laico; se puede escuchar en párrocos y otros líderes que invitan y animan a tomar nuevos roles en el personal parroquial; se puede oír en feligreses y comunidades enteras que dan la bienvenida a ministros eclesiales laicos en medio de ellas; se puede oír en las palabras afirmativas de *Colaboradores en la Viña*, y se puede oír en las conversaciones y propuestas concretas de este symposium. El Espíritu se extiende, llamando a ministros eclesiales laicos a través de las voces de muchos miembros de la iglesia.

Y no vaya a ser que separemos los caminos demasiado ordenadamente delineados de la formación y la autorización del lugar de trabajo, recordemos que esas son todas partes de un todo, momentos en un único movimiento continuo en el que no estamos solamente respondiendo a una llamada, sino también implicados en la llamada. El Espíritu informa todo el proceso—y cada elemento en un momento en el cual, a través de nosotros como iglesia, el Espíritu de Cristo llama a colaboradores para servir en el reino de Dios.

DESAFÍOS PRÁCTICOS

La tentación de terminar con esto es una conclusión muy ordenada. Pero me siento impulsado a liarla un poco, a indicar algunas de las dificultades frente a nosotros.

El unirse con el Espíritu de Cristo en llamar a colaboradores significará enfrentarse con al menos tres amplios desafíos. No se supone que esta lista sea exhaustiva, solamente que indique algunas áreas de preocupación pastoral.

1. **Ministerio para la misión.** El primer desafío es mantener siempre presente la misión de la iglesia. El desafío no es nuevo. En 1977, cuarenta y siete importantes católicos del Medio Oeste lanzaron una declaración conocida como la Declaración de Chicago. Argumentaban en ella que el enfoque postconciliar en el ministerio laico estaba distraiendo a la iglesia de la responsabilidad más fundamental del laicado de trabajar para transformar la sociedad civil.¹¹

En el pasado, yo tendía a minimizar las preocupaciones de la Declaración de Chicago, consciente del hecho de que se aduce demasiado frecuentemente “el carácter secular” del laicado para limitar o constreñir el lugar de los laicos en los ministerios eclesiales. Aunque todavía rechazo la suposición de fondo de la Declaración de que estamos tratando con una partida perdida, más y más veo la importancia de afirmar explícitamente la misión de la iglesia en el mundo.

El ministerio de la iglesia necesariamente implica la misión de la iglesia, el discipulado bautismal y la tarea de construir el reino de Dios en el mundo. Es ésta una premisa básica. ¿Pero la hemos tomado por hecha? Recientemente, Kathleen Cahalan ha apuntado al discipulado como contexto fundamental y objetivo de todo ministerio.¹² Es un recuerdo importante de todas esas categorías claves que todos asumimos pero que quizá necesitemos expresar más claramente y reflexionar más profundamente. Después de todo—a pesar de nuestra propia área particular de experiencia—la teología del ministerio no es lo más importante. El ministerio mismo no es lo más importante. Recibe su valor de aquello a lo que sirve. El ministerio existe para fomentar el discipulado bautismal de todos los creyentes para que todos juntos podamos transformar el mundo a la luz de Cristo. El ministerio sirve a la misión.

2. **Unión en el ministerio.** El segundo desafío es hacerlo juntos. Todo el mundo habla sobre la colaboración, pero pocos de nosotros de hecho lo hacemos bien. ¿Qué podemos hacer concretamente para fomentar una mayor colaboración entre los ministros eclesiales laicos y otros, especialmente los ministros ordenados? ¿Cómo podemos ayudar al clero y al laicado a trabajar juntos?

A simple vista, la cuestión parece muy sencilla. Sin embargo, esconde una maraña de temas complicados que se refieren a las estructuras institucionales, la psicología, los modelos de socialización, el ejercicio de la autoridad, la visión teológica, etc.

El hecho es que—incluso aunque nuestra teología lo rechace y la experiencia pastoral no lo demuestre—todavía hay muchos que ven el

ascenso del ministerio eclesial laico como un descenso del ordenado. Eso es como se percibe. De nuevo, nos encontramos con la condición humana, ese egocentrismo que es consecuencia de nuestra condición de caídos. La atención prestada a cualquiera—incluso si es mi confidente más íntimo o mi colega de trabajo—resta la atención que se me presta a mí. O, como dice Gore Vidal tan tristemente: “Cuando un amigo mío tiene éxito, algo de mí muere”.

Aquí no necesitamos un teólogo sino un terapeuta. Necesitamos psicólogos, personas entrenadas en dinámicas de grupos y cambio organizativo, expertos en pastoral y otros que nos ayuden a navegar el cambio ministerial histórico por el que atravesamos. Juntos podemos—debemos—descubrir una espiritualidad y práctica de la colaboración.

Este esfuerzo hacia una mayor colaboración exige que miremos de frente a un tema que tratamos por todos los medios de evitar: el poder. En junio, Daniel Finn presentó su discurso presidencial en la Sociedad Teológica de América.¹³ El discurso recibió mucha atención y publicidad porque, al final de él, Finn sugirió que la CTSA no debería hacer tantos pronunciamientos críticos del magisterio. Pero el discurso estaba lejos de ser una llamada a la complacencia o la sumisión. Más bien era un desafío fuerte a los teólogos a considerar más cuidadosamente la realidad del poder. La tesis más amplia de Finn argüía que el poder a menudo es invisible—especialmente para quienes lo tienen. Los padres a menudo son más conscientes de su amor por sus hijos que de su poder sobre ellos. Así también nosotros, los líderes de la iglesia ordenados y laicos—a menudo somos más conscientes de nuestro cuidado y preocupación por los que tenemos a cargo que de nuestro dominio sobre ellos. El poder en sí mismo no es ni bueno ni malo. Pero ahí está. Y solamente dañamos nuestros esfuerzos de colaboración cuando hacemos como si no existiera.

3. La futura generación. Por último, la futura generación. Amigos, no nos estamos haciendo más jóvenes. La edad media para laicos en ministerios parroquiales ascendió de 45 en 1990 a 52 en 2005.¹⁴ ¿Quiénes serán los ministros eclesiales laicos en 15 años, y en 30 años?

La realidad del ministerio eclesial laico se formó y aún está sostenida por la generación del Vaticano II, que ha traído a su ministerio un entusiasmo real por el Concilio y la renovación que buscó. Si puedo utilizar lenguaje de “nosotros” y me incluyo a mí mismo en la generación de mis mentores, nuestra historia es de liberación, de apertura de ventanas, de ruptura del cerrado catolicismo del pasado.

Los jóvenes de hoy día ven las cosas de manera distinta. Su historia no es de liberación, sino de ausencia. No necesitan liberarse; necesitan encontrar cierta identidad en un mundo que está abierto de par en par.

La generación del Vaticano II tiene la responsabilidad de ser mentora de esta generación post-Vaticano II. Necesitamos encontrar un modo de transmitir nuestra historia, no para que nuestros hijos la repitan, sino para que puedan contar la suya propia.

Esta apertura a una nueva historia implicará un profundo desprendimiento. Y nos lleva de regreso a donde comenzábamos, con la historia, con lo que el Papa Juan XXIII llamó “esa gran maestra de vida”. Vamos a trabajar duro esta semana. Pero, incluso con todos nuestros planes y propuestas, no seremos capaces de ser qué forma tomará el ministerio eclesial laico en el futuro. A pesar de todo su valor en la vida de la iglesia hoy, el ministerio eclesial laico no es la culminación de la actividad del Espíritu en la historia y en la iglesia. Como todas las transformaciones ministeriales importantes, tendrá un efecto duradero. Pero cambiará.

Esta mañana temprano, en el otro extremo del campus, un grupo de hombres se reunían a rezar básicamente de la manera en que han orado juntos por 1500 años. Pero, mirando a la fachada de la iglesia abadía de St. John’s y pensando sobre los muchos ministerios de estos monjes hoy día, la inferencia está clara: ¡Qué cambio!

¿Quién sabe la forma que tomará el ministerio eclesial laico en los próximos 1500 años o en 15 años? La forma del Espíritu en las vidas de los bautizados encontrarán nuevas formas según surjan las nuevas necesidades. El cambio no es preocupante, es maravilloso. Es estupendo ver a Dios obrando en el mundo.

A Congar le gustaba decir que es más importante vivir en el Espíritu que teologizar sobre él.¹⁵ Es un buen recordatorio. He dicho que el significado de este momento histórico nos impulsa a repensar nuestra teología de la vocación, lo que conlleva ciertos desafíos. Pero mucho más importante que hablar sobre la llamada del Espíritu es vivirla y unirnos a ella.

¹ John O’Malley, “Priesthood, Ministry, and Religious Life: Some Historical and Historiographical Considerations”, *Theological Studies* 49 (1988) 223-57.

² David Knowles, *From Pachomius to Ignatius: a Study in the Constitutional History of the Religious Orders* (Oxford: Clarendon Press, 1966)

³ USCCB, *Colaboradores en la viña del Señor: un recurso para orientar el desarrollo del ministerio eclesial laico* (Washington, D.C.: USCCB Publishing, 2005) 6.

⁴ *Colaboradores*, 26

⁵ Yves M. J. Congar, *I Believe in the Holy Spirit*, trans. David Smith (New York: Seabury, 1983)

⁶ Se puede encontrar un resumen muy útil en Yves Congar, “Pneumatology Today” *American Ecclesiastical Review* 167 (1973) 435-49.

⁷ Elizabeth Teresa Groppe, *Yves Congar’s Theology of the Holy Spirit* (Oxford: Oxford University Press, 2004) Resumida en “The Contribution of Yves Congar’s Theology of the Holy Spirit”, *Theological Studies*, 62 (2001) 541-78.

⁸ *Colaboradores*, 67

⁹ Juan Pablo II, *Les daré pastores/Pastores Dabo Vobis* (Washington, DC: USCCB, 1992) n. 34.

¹⁰ Edward P. Hahnenberg, "When the Church Calls", *America* 195 (9 October 2006) 10-14; "Wondering About Wineskins: Rethinking Vocation in Light of Lay Ecclesial Ministry", *Listening: Journal of Religion and Culture* 40 (2005) 7-22-

¹¹ "On Devaluing the Laity", *Origins* 7 (29 December 1977) 440-42.

¹² Kathleen A. Cahalan "Toward a Fundamental Theology of Ministry" *Worship* 80 (2006) 102-20.

¹³ Daniel Finn, "The Catholic Theological Society of America and the Bishops" *Origins* 37 (21 junio 2007) 88-95.

¹⁴ David DeLambo, *Lay Parish Ministers: A Study of Emerging Leadership* (New York: National Pastoral Life Center, 2005) 46.

¹⁵ Congar, *Creo en el Espíritu Santo*, 2.92.